





# VIAJE REDONDO

UNA NOVELA DE LA REAL ARMADA  
ESPAÑOLA DEL SIGLO XVIII, Y DE LOS  
ARMADORES CIVILES DE LA ÉPOCA



José Antonio Devesa

## VIAJE REDONDO

UNA NOVELA DE LA REAL ARMADA  
ESPAÑOLA DEL SIGLO XVIII, Y DE LOS  
ARMADORES CIVILES DE LA ÉPOCA



Primera edición: marzo 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Antonio Devesa

ISBN: 978-84-19151-44-5

ISBN digital: 978-84-19151-45-2

Depósito legal: M-6534-2022

Editorial Adarve

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Joaquín Devesa, gran lector, porque habría disfrutado  
mucho con estos relatos de mar y de guerra*



## NOTA DEL AUTOR

Al afrontar el reto de escribir sobre los integrantes de la Real Armada española de la primera mitad del siglo XVIII, así como sobre el mundo de los armadores civiles y de los marineros que trabajaron para ellos, me he dado cuenta de que, por tratarse de un tema poco tratado y, por supuesto, menos novelado, contaba con un campo de acción inmenso. Pero también, por la naturaleza de las acciones relatadas, un tanto inverosímil. Ya que, como ocurre a menudo, la realidad supera ampliamente a la ficción y la vida de cualquiera de estas personas, por los tiempos que les tocó vivir y el medio en el que se desenvolvían, estuvieron salpicadas de momentos espectaculares y gloriosos, aunque también dramáticos.

Por ejemplo, en los pormenorizados informes que el teniente general don Rodrigo de Torres envió al marqués de la Ensenada, secretario de Hacienda, Guerra, Marina e Indias y al intendente general de Marina don Francisco de Varas y Valdés, destacaba, con un espíritu positivo, las dificultades a las que se habían enfrentado los marinos y tripulantes de su escuadra, pero también de los navíos del comercio que tuvieron que escoltar y proteger, durante los años que había permanecido en el Caribe, en el marco de la guerra del Asiento, peleando contra unos enemigos que, en el mar, eran netamente superiores.

¿Quién puede imaginar ahora cómo los navíos de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas defendieron, en estrecha colaboración con la Real Armada, los puertos de La Habana, de Puerto Cabello o de La Guaira, no solo transportando armas, soldados,

provisiones y munición, sino empeñando sus barcos y sus tripulaciones directamente en los combates?

Las vivencias de estos hombres, que defendieron en condiciones muchas veces trágicas las posesiones del Imperio, podrían fácilmente integrarse en cualquier novela de aventuras, pero sus hechos fueron reales y representan el afán de superación y de servicio de unas personas dignas de nuestra mayor admiración.

Hasta nuestros días apenas ha llegado el eco de aquellos héroes, capaces de enfrentarse en los mares y en los océanos a los elementos, además de a los enemigos de su rey, ya fuese para culminar una empresa particular, un mandato oficial o simplemente sobrevivir.

Para la descripción de batallas y singladuras me he servido de los partes de guerra e informes de algunos comandantes y de otros relatos navales de la época. No he podido ocultar mi admiración por aquellas gentes que, por otra parte, eran antepasados nuestros y merecen el mayor respeto. Pero también que no los juzguemos conforme a los cánones legales y morales actuales, sino de acuerdo con los vigentes en los tiempos que les tocó vivir, pues si la novela histórica ha de tener una ventaja, es la de no estar influenciada por las consideraciones éticas y políticas contemporáneas.

He tratado de ser fiel al describir el contexto histórico y el orden cronológico de los acontecimientos de la época. Sin embargo, me he permitido algunas libertades al introducir a los personajes históricos y mezclarlos con los de ficción para adaptarlos al relato de una aventura que, por otra parte, se repitió infinidad de veces en aquellos años sobre todos los mares del mundo, protagonizados por grandes y nobles marinos, pero también por otras personas anónimas en los que he basado a los personajes de mi obra. Con ellos viajaremos a un mundo muy lejano en el tiempo y, probablemente, más interesante que el nuestro.

Por último, he tratado de introducir en el relato a las protagonistas que, sistemáticamente, pasaron desapercibidas en informes y partes de guerra, como eran las mujeres. La mentalidad de la Edad Moderna relegaba a un segundo plano a esposas, amantes,

hermanas y madres. Sin embargo, sin la participación de ellas, no sería posible explicar la historia.

Es mi mayor deseo rendir homenaje a todos ellos.

JOSÉ ANTONIO DEVESA SALMERÓN



# CAPÍTULO I

## GIBRALTAR

### 1

Octubre de 1742

El fogonazo de un cañón de veinticuatro libras disparado desde el fuerte de la Punta del Carnero rompió la uniforme oscuridad de la noche. A bordo del jabeque Nuestra Señora del Rosario, de veinte cañones, el teniente de fragata don Diego García Hamilton miró su reloj de bolsillo a la débil luz que salía del cuarto de derrota. Pasaban las once de la noche, las once y tres minutos exactamente. En unos cuatro minutos, el fuerte dispararía de nuevo y el número de cañonazos indicaría cuántas embarcaciones trataban de salir del Peñón al amparo de la oscuridad.

Después del anochecer, sobre las ocho, se había formado una espesa niebla, venida de la nada, sobre la bahía de Algeciras impi-

diendo la visión. Una niebla típica de la zona del estrecho, donde el tiempo se sujeta a rápidos cambios en la intensidad y dirección del viento, de las corrientes y de la temperatura que, en ocasiones, provoca fenómenos meteorológicos extraños. Desde ese momento, todos a bordo del jabeque temieron que el enemigo aprovechara la oportunidad, como había hecho otras veces, para hacer salir del puerto de la Roca a alguna embarcación al amparo de la oscuridad y la bruma. Rompiendo el bloqueo. Pasando delante de sus narices sin llamar la atención. Por ello, a la tripulación de guardia del velero cierta tensión nerviosa la había mantenido muy despierta en sus puestos.

A pesar de no contar con la ventaja de los veinte metros sobre el nivel del mar de la guarnición de los fuertes situados sobre el acantilado, en el jabeque no se habían cruzado de brazos. Los marineros con la vista más aguda fueron mandados a las crucetas del mayor y del trinquete, equipados con los mejores catalejos, y el teniente Hamilton, que lo comandaba, se resistía a retirarse a su cabina a descansar. Por fortuna para ellos, y para los vigías del sistema de fuertes y torres de la Punta del Carnero; de San García, al norte de este; y el de San Diego, situado en la Punta del Fraile, más al sur; más tarde, sobre el cambiante tiempo del estrecho vino un fresco viento de poniente procedente del noroeste. Se trataba de un aire transparente, ausente de polvo, que limpió la atmósfera nocturna disipando la niebla. Un viento que, sin embargo, aunque restablecía la visión sobre la bahía, favorecería la derrota de cualquier velero que quisiera cruzar el estrecho en dirección a levante, una vez superada la dificultad de salir del puerto dando cortas bordadas para ceñir el viento... si ese velero salía de Gibraltar.

Diego notó clavados en su espalda los ojos del guardiamarina de guardia que le miraba muy atento esperando órdenes desde el timón. Un segundo estampido resonó sobre la ensenada de Getares y después solo hubo silencio.

—¡Cubierta, barco a sotavento! ¡Por el través de babor! ¡Con aparejo de navío! —gritó uno de los serviolas, desde el tope del mayor.

—¡Serviola! ¿Se puede distinguir el casco? —preguntó Diego.

—¡Está lejos, mi teniente, hacia el sur! ¡Probablemente es una corbeta!

—Rafael, vaya a llamar al alférez Rojas —ordenó Diego al guardiamarina.

—¡A sus órdenes! —contestó el joven cuadrándose.

—¡Tripulación, todos a sus puestos! ¡Arriba todos los marineros! ¡Todos a levar anclas! —añadió a voz en cuello.

Inmediatamente se formó el zafarrancho, al toque del tambor. Las órdenes se trasmitían con gran agilidad en un velero de solo 113 pies de eslora por 31 de manga. Los marineros que ya dormían bajo la cubierta fueron espabilados por sus propios compañeros y por los guardianes del contraestre. Unos pocos remolones saltaron de sus coyos cuando ya veían venir a uno de los suboficiales, cuchillo en mano, dispuesto a cortar la hamaca donde dormían para que cayeran al suelo. Al fin, todos, como un enjambre, se apresuraron a subir a la cubierta y, de ahí, al aparejo para desplegarlo. Mientras, un pelotón de infantes de Batallones de Marina al mando de un sargento fue al cabrestante para ayudar en la maniobra de levar el ancla y el contraestre se situó a proa para dirigir la maniobra sobre la jarcia del jabeque. A partir de ahora, cada minuto contaba. Si no se apresuraban en salir de la ensenada la presa cobraría demasiada ventaja y se perdería en la oscuridad. Afortunadamente, el viento era favorable a la maniobra, pues soplaban de tierra a mar.

—¡A sus órdenes, don Diego! ¿Cuáles son sus instrucciones? —dijo Benito de Rojas y Salcedo, alférez de fragata y primer oficial.

—Rojas, mande hacer señales al Júpiter para que leve anclas inmediatamente. Comenzamos la persecución a las once y diez de un navío desconocido que sale del puerto de Gibraltar, probable corbeta, anótelos así en el cuaderno. Quiero que el Júpiter se sitúe por nuestra amura de estribor, a no más de dos millas, dispuestos a cortar el rumbo de la presa si la misma opta por buscar el refugio de la costa africana.

El jabeque Júpiter era prácticamente un gemelo del jabeque Nuestra Señora del Rosario en dimensiones, armamento y tripulación. Armado con veinte piezas de ocho libras como artillería principal. Repartidos en dos andanas de diez cañones en cada costado. Además de cuatro piezas más pequeñas, de tres libras, en el alcázar; y seis pedreros de dos libras repartidos entre las cofas y los costados. Arbolado de tres palos, con aparejo en cruz, que le daba el aspecto de una fragata ligera: el trinquete muy adelantado, inclinado hacia proa, con vela trinquete y gavia; largo bauprés, sin botalón, sobre el que se extendía el foque. En el mayor, más vertical, se desplegaba vela cuadra, gavia y juanete y, en el de mesana, inclinado hacia popa, cangreja y sobremesana cuadra.

Estos veleros eran pequeños, pero veloces y peligrosos si estaban bien gobernados y podía contar con una tripulación numerosa, como era el caso. Con doscientas setenta y cinco toneladas, eran de los utilizados en la Real Armada para la vigilancia costera. Para combatir a corsarios y piratas en el Mediterráneo y en el estrecho.

Había salido el Júpiter de Cádiz, en esta ocasión, con ciento cuarenta y un tripulantes, entre oficiales, guardiamarinas, artilleros, marineros, grumetes, pajes y criados. Además de la dotación de tres sargentos, seis cabos y cincuenta y cuatro soldados de Batallones de Marina. Su compañero y amigo, el teniente de fragata don Agustín de Souza y Bethencourt, ostentaba el mando provisional del Júpiter, de la misma manera que Diego ejercía el del Rosario (como lo llamaban los marineros para abreviar.) A la vuelta de la campaña por Cartagena de Indias, al otro lado del océano, donde se obtuvo una gran victoria sobre la armada inglesa, ambos jóvenes habían sido ascendidos por el Almirantazgo. Ahora tenían el mando provisional de los jabeques, pues se confiaba en ellos, pese a ser oficiales subalternos. Eso los obligaba a intentar destacarse, aunque tuvieran que arriesgar más para ello. A demostrar sus cualidades para la navegación y el mando de un navío del rey. Con la esperanza de lograr la confirmación en su puesto en el jabeque, o un destino en un navío mayor.

—¡El Júpiter ya sale a fuerza de vela! —informó Rojas.

—¡Magnífico! —contestó Diego.

Sabía que su amigo era mejor marino que él. El canario, como cariñosamente lo llamaba, era diligente cuando se trataba de cumplir órdenes. Un excelente navegante y un oficial de guerra sereno en el combate. En buena ley, debería ser él quien mandara la persecución. Pero Diego era más antiguo en el empleo anterior, pues habían ascendido a tenientes de fragata con la misma fecha y, por ello, la responsabilidad era suya.

El Júpiter y el Rosario salieron de la ensenada de Getares con las velas amuradas a babor. Tratando de que el viento del noroeste entrara por la aleta para lograr el máximo impulso. Comenzaba una persecución que se preveía larga, pues la presa les llevaba cierta ventaja y avanzaba rápido, con todas las velas desplegadas. Fuera del abrigo de la costa una incipiente marejada comenzó a azotar el casco con olas de más de un metro, mientras una fina y fría lluvia empapaba a todos los tripulantes que permanecían sobre la cubierta. Apenas el viento llenó las gavias y la juanete del mayor, la velocidad aumentó rápidamente. Diego sabía por experiencia que el viento soplaba siempre más fuerte allá arriba. Por eso siempre que podía mandaba cazar las velas superiores aún con el riesgo de romper algún mastelerillo.

—¡Rojas, icemos la bandera de combate y el gallardete!

—¡A sus órdenes!

—Quiero ver al condestable —dijo Diego al guardiamarina encargado de las señales.

El joven, de no más de trece años, corrió a introducirse por la escotilla que llevaba a la santabárbara en busca del responsable de los pañoles de pólvora y munición.

—¡Federico Fernández se presenta a su señoría! —dijo un hombre moreno, flaco pero robusto, en mangas de camisa y calzado con las zapatillas de fieltro con las que se movía en la santabárbara.

—Condestable, quiero que prepare dos de los cañones de a ocho de proa para caza. En cuanto estén listos dispare un cañonazo alto

para mostrarles que queremos capturarlos. Luego, para mantener calientes los tubos, efectúe un disparo cada quince minutos alternando las piezas. Hasta que yo le diga lo contrario —ordenó.

—¡A sus órdenes!

—¡Que alguien traiga una capa y un sombrero alquitranado a este hombre! ¡Se está empapando! —gritó Diego.

Los cañones de ocho libras que portaba el jabeque eran piezas de hierro colado de casi una tonelada de peso, sin sumar el peso de la cureña. Operados por una brigada de artilleros de siete hombres podían arrojar una bala de hierro esférica, de tres kilos y novecientos gramos, con el máximo ángulo posible, de dieciséis grados, a más de dos mil quinientos metros. Pero lo habitual era esperar a llegar a la distancia de punto en blanco de la pieza para comenzar el enfrentamiento. Cuando la distancia entre jabeque y presa fuera de dos cables y medio o inferior sería posible apuntar los cañones por el raso de los metales.

A las doce de la noche, después de haber disparado tres cañonazos de advertencia por sotavento, los perseguidores perdieron de vista el buque enemigo. La luna en cuarto creciente no ayudaba mucho, oculta además por las densas y bajas nubes de lluvia. Sin embargo, mantuvieron el rumbo, pasando las aguas del estrecho con la oscura mole de La Roca por el lado de babor, confiando en la rapidez de los jabeques y, a la media hora volvieron a divisar el velamen piramidal de la corbeta, con cierta dificultad, navegando hacia el este sureste. Ezequiel, el guardiamarina encargado de medir la velocidad con la corredera, informó que alcanzaron los nueve nudos. Una extraordinaria velocidad, con aquel tiempo, que difícilmente podría mantener la presa. Aunque era muy veloz y parecía bien gobernada, la marejada le estaba afectando más que a los perseguidores.

Una hora más tarde la lluvia cesó y se abrieron claros entre las nubes. Eso permitió distinguir el negro casco de la nave, indicando claramente que se estaban aproximando. Muy lentamente. Milla a milla. Diego pidió que le subieran una silla al alcázar y, sentado

en ella y envuelto en su capa más gruesa, permaneció despierto, dirigiendo personalmente la persecución. Atento a la maniobra de las velas para aprovechar al máximo el viento mientras no perdía de vista al inglés gracias a su telescopio naval de latón de más de un metro de longitud. Rezaba para que a lo largo de la noche la marejada aumentara de intensidad, pues parecía que eso ralentizaba a la presa. La responsabilidad le encogía el cuerpo dentro del uniforme. Si hubiera servido para ir más rápido, él mismo se habría puesto a soplar las velas. En la última hora el viento fresco estaba rolando y ahora soplaba desde el oeste, entrando por la popa. Diego estaba seguro de que la corbeta se dirigía a Menorca, a la base naval que los británicos tenían en Mahón. Así se lo comentó a Rojas, que permanecía a su lado atento a sus órdenes. A medida que el viento cambiaba la corbeta varió su rumbo unos grados hacia el sur para seguir recibiendo el viento por la aleta, pues parecía que así navegaba más rápida que con el viento por la popa.

—¡Diez nudos y tres brazas, mi teniente! —informó Ezequiel.

—¡Contramaestre, tome rizos en la mayor! ¡Que el viento llegue bien a las velas delanteras! —dijo Diego, que pretendía evitar con esta maniobra que la fina proa del jabeque cabeceara demasiado.

—¡A la orden!

—¡Rojas, mande a los ociosos a la aleta de babor, a ver si enderezamos el jabeque!

—¡A la orden!

Rojas llevó a un grupo de tripulantes, que estaban desocupados, al costado de barlovento y la inclinada cubierta recuperó unos grados de verticalidad. Allí permanecieron los hombres muy juntos, alineados y ateridos de frío. El viento soplaba con fuerza y era húmedo, lo que hacía bajar la sensación térmica de todos los que permanecían a la intemperie.

Con el paso de las horas la presa se hacía más y más visible. Diego pudo ver cómo en la corbeta se izaban las sobrejuanetes. Pero al poco tuvieron que arriarlas, pues el riesgo de romper los mastelerillos era grande por la enorme presión del viento en lo alto

de la arboladura. A las cuatro de la mañana, el enemigo se situaba ya a poco más de tres cables por la proa. Para bien o para mal aquello acabaría antes del amanecer —pensó el teniente Hamilton—. En ese momento la presa rompió el fuego con los guardatimones, apuntando alto, al velamen del jabeque, buscando un disparo de fortuna, tratando de agujerear o incluso rajar alguna vela para hacerle perder velocidad. Pero el constante arfar del buque le dificultaba hacer puntería y los cañonazos se iban muy desviados.

—¡Rojas, en media hora estaremos a medio tiro de mosquete!

—Sí, mi teniente.

—¡Preparados para aproximarnos ciñendo el viento! ¡Timonel, nos dirigimos directamente a su aleta de babor! ¡Batería de estribor preparada! —gritó Diego al oficial al mando de la andana—. ¡Sargento! ¡Sargento Mayor! —llamó, a continuación, al jefe de los infantes de los Batallones de Marina.

—¡A la orden, mi teniente!

—¡Mande fusileros de su tropa a las cofas y arme un trozo de abordaje con pistolas y alfanjes!

—¡A la orden!

Diego pensó que la corbeta estaba a su alcance. Que podría tomarla, si no se rendía antes, con un abordaje rápido. Después de mantener con ella un breve pero feroz intercambio de cañonazos a medio tiro de mosquete, a toca penoles. Pero antes le arrojaría varias andanadas con la batería de estribor a medida que se acortaban las distancias. Si podía evitar bajas en la tripulación del jabeque valdría la pena el gasto de pólvora.

—¡Rojas, ordene al Júpiter que haga converger su rumbo para acercarse por la aleta de estribor de la presa!

—¡A la orden!

Recién había pronunciado estas palabras cuando una sucesión de fognazos iluminó el mar a estribor, cuando la andana de babor del Júpiter hizo fuego sobre la corbeta a dos cables de distancia de su través de estribor. Un quintal de hierro colado recorrió la distancia entre el jabeque y la corbeta impactando en

esta, que inmediatamente respondió al fuego con su batería de estribor, un tanto desordenadamente, pues sus cañones disparaban al tresbolillo.

—¡El canario ha forzado velas y nos ha tomado la delantera! — exclamó Rojas sorprendido—. Quise decir el teniente don Agustín —rectificó con respeto.

Así era, Diego estaba tan abstraído en la persecución que no había apreciado a tiempo la maniobra de su compañero. La oscura noche había contribuido a ello. Pero una vez más Agustín se le había adelantado.

—¡Destrinquen los cañones! ¡Nivelar y quitar los tapabocas! — ordenó Diego a la batería de estribor.

—¡Cañones cargados y apuntados! —contestó enseguida el alférez de fragata Miguel Castejón, encargado de esa andana.

—¡Fuego sobre su aleta de babor!

Enseguida el estruendo de diez toneladas de metal saltando con rapidez en sucesión de proa a popa llenó el pequeño universo del jabeque. Las lenguas de fuego de las piezas iluminaron la noche, llenando la cubierta de chispas incandescentes procedentes de los tacos de estopa quemados. Seguido de un humo blanquecino que enseguida se comenzó a difuminar por sotavento y del penetrante olor azufrado de los gases de la pólvora consumida. Los artilleros comenzaron a limpiar las ánimas para proceder a la recarga mientras Diego tragaba saliva, tratando de compensar el embotamiento en los oídos que siempre le provocaban los primeros estampidos de las piezas.

—¡Cubierta, la corbeta está arriando la bandera! —gritó el serviola del tope del mayor.

Una oleada de gritos triunfantes recorrió la cubierta. Todo había terminado con rapidez. Sin bajas en el Rosario. Se rendían. Diego enfocó la corbeta con el catalejo, a tiempo de observar cómo colocaba su velamen en facha y cómo por la banda de babor unos marineros se esforzaban por tirar al mar una saca lastrada para que se fuera al fondo. Probablemente con el correo, los despachos y los libros de señales secretas.

—¡Rojas, sitúenos junto a su aleta y preparen la lancha! Voy a subir a su cubierta y a recibir la rendición de su capitán —dijo Diego.

Por el estado del mar la lancha del jabeque se abarloó con dificultad al costado de babor de la corbeta. La marejada hacía saltar la espuma de las olas a su interior empapando a sus tripulantes. El teniente Hamilton subió ágilmente a su cubierta acompañado por Miguel Castejón, alférez de fragata y tercer oficial del jabeque y un pelotón de infantes de batallones al mando del sargento primero.

Se trataba del buque de su majestad Mermaid, un barco de sexta clase, según la propia clasificación inglesa. Armado con veinticuatro hermosos cañones de a ocho libras y con una tripulación reducida de ciento cincuenta hombres. Un *post ship*, como lo llamaban ellos, o una corbeta, como la clasificarían en la Real Armada. De cuatrocientas cincuenta toneladas. De las que dedicaban, generalmente, a escolta de convoyes, correo y aviso de su flota. Caza mayor para los jabeques que la habían apresado, pues, al fin y al cabo, era un navío de guerra y para Diego la primera presa obtenida con él al mando.

El capitán de corbeta de la Armada Real Jonathan Davies y su primer oficial, el teniente William Robinsón, recibieron al teniente Hamilton en el alcázar. El primero trató de entregar su sable en señal de rendición, pero Diego le pidió que lo conservara. Hablaron en el idioma de Shakespeare, que el teniente Hamilton entendía perfectamente, pues su madre era inglesa de las colonias de Norteamérica. Le preguntó si había tenido víctimas y si necesitaba que el cirujano del Nuestra Señora del Rosario los atendiera, a lo que contestaron que tenían que lamentar la pérdida de cuatro hombres. Que otros diez habían resultado heridos, aunque no de consideración, y ya estaban siendo atendidos en la enfermería.

—Todos los caídos son consecuencia de la andanada por sorpresa que encajamos por estribor —explicó su primer oficial—. Ese jabeque salió de la nada y nos ofendió por el través mientras tratábamos de mantenerle a usted a raya con los guardatimones y nos preparábamos para repeler el abordaje.

—Ha sido una maniobra bien ejecutada por el comandante del Júpiter —reconoció Diego—. Ha hecho bien en rendir el buque, capitán Davies. No podían escapar y solo habrían conseguido que aumentara el número de heridos y muertos. Además de arriesgar la jarcia y el timón de la Mermaid. Le aseguro que las siguientes andanadas los habrían desarbolado y dejado sin gobierno. Su honor no quedará en entredicho. Le daré una copia del parte de campaña del Rosario que podrá usar cuando le formen consejo de guerra. Podrá llevarlo cuando le permitan regresar a Gibraltar bajo palabra o cuando sea canjeado —añadió.

—Eso es muy considerado por su parte —dijo Davies agradecido, asintiendo nervioso con la cabeza—. Manda vuestra merced unos barcos muy veloces —reconoció—. Pequeños pero temibles. Con una curiosa combinación de velas y un palo trinquete muy inclinado hacia proa.

—Son jabeques con aparejo redondo. Nosotros los llamamos chambequines cuando tienen esta configuración —replicó Diego.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Davies.

—Van a ser vuestras mercedes marinados por mi alférez de fragata don Miguel Castejón. Usted, su primer oficial, su contra-maestre y su oficial de derrota se vienen conmigo al Rosario. El resto de los oficiales será llevado al Júpiter, junto con su sargento de marines. En cuanto al resto de su tripulación, será repartido un tercio en cada jabeque y el tercio restante, incluyendo en él a sus heridos y sus cirujanos, se quedará confinado en su bodega hasta que lleguemos a Cádiz.

—El viento no es favorable para arribar a Cádiz —observó el capitán Davies.

—No lo es —reconoció Diego.

Calculaba que estaban a más de ciento veinte millas del puerto de Cádiz. Si tenían que navegar contra el viento todo el tiempo, les iba a llevar más de un día llegar. Pero él estaba decidido a escoltar la presa hasta allí. Estaba seguro de que la Real Armada la declararía buena presa y la compraría. Era una

hermosa corbeta y apenas había sufrido daños en el apresamiento. Habría una recompensa que repartir entre todos los que participaron en la captura. Proporcional a cada empleo, por supuesto.

—Tendremos que dar algunas bordadas para atravesar otra vez el estrecho. Pero le aseguro que llegaremos. Tengo un buen piloto, ustedes lo llaman oficial de derrota, y una tripulación muy bien adiestrada —añadió.

—Supongo que entonces, como decimos en la Armada Real, no hay un minuto que perder —dijo Davies.

—No. No lo hay.

## 1.2

La ciudad de Cádiz había entrado con buen pie en el 1700. El cambio de dinastía la había beneficiado, pues el nuevo monarca Borbón, con sus decisiones políticas y administrativas, no había hecho más que favorecerla. En el año 17, el traslado de la Casa de Contratación junto con el Consulado de Cargadores de Indias: las instituciones que controlaban el monopolio del comercio con las Indias. Había traído mucha riqueza a la ciudad en detrimento de Sevilla, su sede original. Tras dos siglos de rivalidad entre ambas ciudades por capitalizar el comercio del régimen monopolístico indiano, la profundidad del puerto gaditano, que permitía la llegada de naves de más de seiscientas toneladas y la dificultad que suponía remontar el río Guadalquivir, sorteando la barra de Sanlúcar hasta el puerto de Sevilla, habían contribuido a decantar la balanza en favor de la urbe costera. Además, la oligarquía gaditana había sabido ganarse el favor del rey con donaciones y empréstitos que cubrirían sobradamente los gastos de defensa del puerto gaditano, único inconveniente real que suponía el traslado. Por último, el decidido apoyo a la causa gaditana del secretario de Estado de Hacienda, Marina e Indias, don José Patiño y Rosales, que acumulaba los cargos de intendente general de la Marina y presidente de la Casa de Contratación fijó la decisión de la Corona.

En la Casa de Contratación, se registraban todas las mercancías que circulaban entre la península y los territorios americanos. Al menos, las que lo hacían legalmente. Desde ella se controlaba además el tránsito de personas y su tribunal tenía la potestad para intervenir en los juicios comerciales. Por otra parte, en el Consulado de Cargadores de Indias, se controlaban los contratos de los navíos de aviso que se enviaban a las posesiones americanas para llevar y traer órdenes, y el correo oficial y particular. Del Consulado, como organización gremial, dependían los almacenes de

pertrechos y las atarazanas donde se carenaban los buques que atravesaban el océano. Ambas instituciones, muy relacionadas con la Hacienda Real, habían sido fundamentales durante más de doscientos años para gestionar y controlar el comercio imperial con la América española.

Del edificio de la calle San Francisco, esquina con la del Rosario, salió un tanto contrariado el armador Fabián García. La húmeda mañana de octubre había traído lluvias intermitentes acompañadas por un desagradablemente frío viento de poniente. Fabián se subió el cuello de la levita azul índigo con botones dorados, muy al estilo marineroy, y se caló el tricornio negro sobre su cabellera blanca mientras se aventuraba por la calle en dirección al café donde le esperaba su hijo Juan José. A sus cuarenta y nueve años, don Fabián, como le llamaban sus vecinos con respeto, había decidido dejar de navegar, al menos en las grandes travesías oceánicas. Ya no lo necesitaba. Podía dirigir sus negocios sin salir de Cádiz. Ahora sería el turno de sus hijos y sobrinos. Si tenían ánimo para hacerlo, igual que lo había tenido él durante más de treinta años.

De su conversación con el juez oficial y factor de la Casa de Contratación, don Alfredo Ortiz, solo había obtenido algo de información y un molesto dolor de cabeza. La guerra había paralizado la Carrera de Indias, le había confirmado su amigo. La magnitud de las escuadras inglesas que navegaban por las Antillas hacía inviable organizar un viaje comercial. Aunque toda la Real Armada se empeñara en proteger el convoy, el riesgo sería inasumible. En los últimos años solo los navíos de guerra hacían el trayecto y traían los caudales que permitían seguir guerreando a la Real Armada y al ejército.

Pero existía una alternativa. La obtención de un registro para enviar un navío en solitario. En cuyo caso, el armador correría con todos los riesgos y en caso de pérdida o apresamiento del buque perdería toda su inversión. Fabián debía tener en cuenta que la concesión de licencia para navegar en navío suelto era un privilegio exclusivo de la Corona, previa comunicación de la Casa de Contra-

tación, por lo que la gestión del asunto podía llevar su tiempo. Sin embargo, Ortiz no le había desanimado con esto. Al contrario, le informó de que, puesto que la guerra impedía el funcionamiento del sistema de flotas, la Corona había agilizado bastante el sistema de registro de navíos sueltos y si se presentaba un buen proyecto era segura su aprobación.

Una ráfaga de viento penetró junto con él en la confitería La Merced cuando entró en el local. No había tenido la precaución de volverse a cerrar la puerta con rapidez y algunos clientes, sentados cerca de la entrada, le miraron con caras de mal humor. Pidió disculpas y echó una ojeada al local, buscando la mesa donde le esperaba su hijo. Lo halló al fondo del salón, en una mesa discreta y un tanto apartada, acompañado por Doménico Luisi, el genovés, y por Stephen Owen, el irlandés. Fabián puso cara de resignación y se dirigió hacia ellos.

En la última década se habían abierto en la ciudad varios locales como este donde acababa de entrar Fabián. Los paisanos los llamaban glamurosamente cafés, muy a la moda francesa. Lugares donde se reunían comerciantes y tertulianos de la emergente burguesía de la ciudad. En sus mesas se cerraban muchos negocios en un ambiente informal, lejos del control de las instituciones. Se leían los mercurios y las gacetas con las novedades de Sevilla, Madrid, Lisboa, Roma, París o Ámsterdam. Se hablaba de política, de literatura y de teatro; de los cotilleos sobre la familia real o de los últimos acontecimientos militares ocurridos en Europa o al otro lado del océano.

Fabián se abrió paso hasta la mesa donde le esperaba su hijo, esquivando camareros que volaban sobre el suelo ajedrezado cargando, con mucha agilidad profesional, bandejas con dulces de elaboración artesana, tazas de café con leche, chocolate caliente y licores.

Mientras pasaba de perfil entre las pequeñas mesas de café cercadas de sillas, a sus oídos llegaban conversaciones en francés, flamenco o italiano. Desde que Fabián era niño se había acostum-

brado a la continua presencia de extranjeros en su ciudad. El crecimiento de los negocios mercantiles había transformado Cádiz en una urbe cosmopolita con una importante colonia de inmigrantes, procedentes de otras ciudades de la península y del extranjero. Todas estas personas trajeron negocios, modas, costumbres, libros y, a menudo, ideas peligrosas...

—¡Don Fabián, tome asiento por favor! —dijo míster Owen casi gritando, con su duro acento inglés, para hacerse oír por encima del jaleo de la sala—. ¿Qué va a tomar? ¿Chocolate? ¿Café? —añadió educadamente.

—Café, con leche y azúcar —dijo Fabián mientras colgaba el tricornio en uno de los soportes libres del perchero de la pared.

Conocía al irlandés desde hacía años. Había hecho negocios con él y le tenía bien calado. Quizás demasiado. Desde luego, el armador gaditano sabía cosas de él que el irlandés no sospechaba. Bajo su casaca burdeos, su camisa de cuello alto con adornos de encaje y su aspecto despistado, de no haber roto nunca un plato, se escondía un corazón inglés. Bien escondido bajo la conveniente documentación irlandesa.

Stephen era rico. Lo era porque había sabido adaptarse a todo. Mientras sus compatriotas se refugiaban en Gibraltar cada vez que los vientos de guerra enfrentaban a España con Inglaterra, él utilizaba su falsa identidad de católico dublinés, contrario a la colonización inglesa, para seguir residiendo en Cádiz, negociando con el dinero de estos: era lo más parecido a un espía comercial por cuenta ajena, un agente de negocios, mediante el que las fortunas gibraltareñas participaban en los negocios del otro lado de la frontera que le estaban vedados, de forma discreta.

Siempre bien vestido y con modales elegantes se movía por los ambientes de negocio del puerto buscando empresas en las que invertir. Tenía tan solo unos años menos que Fabián, aunque su cabellera ya lucía plateada, como la del gaditano. Por lo demás, era cumplidor con su parte en los negocios que emprendían juntos. Por ello, el armador le perdonaba lo demás.

Antes de sentarse, Fabián ofreció su mano y su sonrisa a Doménico y a Stephen, y besó en las mejillas a su hijo. Le alegraba que el genovés hubiera vuelto, después de más de dos años atendiendo sus asuntos en su patria. Confiaba mucho en él, pues le había enseñado la mayoría de las cosas que había que saber del oficio mercantil y del contrabando...

Diez años mayor que Fabián, Doménico era un aventurero del comercio, como se definía a sí mismo. Había tenido una vida intensa. En su juventud había sido soldado durante pocos años y después músico (era un virtuoso del violín). Hasta que a la muerte de su padre se ocupó de los negocios familiares y se dedicó a recorrer todo el Mediterráneo con su barco. Como era un hombre con mucha energía, una tribu de sus descendientes ilegítimos se desperdigaba por las principales ciudades costeras del levante español, Francia, Italia, Cerdeña e incluso el reino de Serbia. Ahora, a pesar de que su edad dorada ya había pasado, era todavía un hombre apuesto y elegante; fuerte, pese a su edad, pues los años no le habían encorvado aún.

Vestía una elegante casaca verde oliva con botones dorados sobre chaleco amarillo estampado, que hacía mucho contraste, camisa blanca y calzones del mismo color que la casaca, medias blancas y zapatos de charol con hebilla de plata. Una peluca blanca, bien empolvada, enmarcaba un rostro amable, muy bien rasurado, con grandes ojos color miel.

—Me alegra verle otra vez en Cádiz, señor Luisi. ¿Todo bien en la Serenísima República? ¿Cómo sigue la familia?

—Ah, don Fabián. Usted siempre tan amable. Génova sigue como siempre... sobreviviendo rodeada de enemigos. La familia se ha trasladado conmigo a Cádiz, en esta ocasión, con intención de pasar una larga temporada aquí —dijo Doménico guiñando un ojo.

La conversación se detuvo unos instantes cuando llegó el camarero y tomó nota del café con leche para Fabián, además de la frasca de agua, con vasos para todos y el anís para el señor Owen.

—Bien, no perdamos el tiempo. ¿Cómo ha ido la consulta, padre? —dijo Juan José en cuanto se marchó el camarero.

Fabián lo miró con cariño antes de contestar. Su hijo menor mostraba la impaciencia propia de la juventud. A sus veinticuatro años, Juan José era apuesto y decidido. Rubicundo, como sus hermanos, de piel blanca y delicada como la de un noble, alto y fuerte, pero con constitución delgada, heredada de su madre.

—Ortiz ha confirmado lo que ya sospechábamos. Las flotas de la Carrera están suspendidas *sine die* —explicó Fabián—. Me ha asegurado que si gestionamos una licencia para un navío de registro obtendremos autorización.

—¡Son buenas noticias, padre! —dijo Juan José esperanzado.

—Hijo, son estos señores los que deben considerarlo. Los que pondrán en riesgo su dinero si esto sale mal.—dijo Fabián haciendo un gesto con la mano.

Doménico y Stephen se miraron el uno al otro sopesando lo que se iba a acordar a continuación. Para dos extranjeros, como ellos, Fabián era su socio necesario, pues el derecho a comerciar con Indias era privativo de los españoles.

—El negocio no está solo en las mercancías autorizadas. Lo que puede llevar al éxito esta empresa son los contactos de don Fabián al otro lado del océano —dijo el irlandés bajando la voz.

—Aceite y vino en la ida, tabaco y azúcar en la vuelta —contestó Fabián.

—Eso simplifica las cosas. Esta vez no llevamos telas, que además supondría pagar dos pesos por tonelada al Consulado, frente al peso por tonelada que supone llevar productos de transformación agraria. Pero ¿qué hay de lo otro? —intervino Doménico.

—Lo otro está asegurado si llegamos bien a Veracruz —dijo Fabián mirándole a los ojos mientras se inclinaba sobre la mesa.

Owen callaba mientras hacía rápidos cálculos mentales. Los derechos que se pagaban por tonelada venían a representar el treinta y cinco por ciento del valor de la carga. A eso había que añadir el seguro obligatorio (la avería), que se pagaba al Consulado según

el valor de la mercancía, el aparejamiento del buque, el sustento y la paga de las tripulaciones y la reparación de los posibles daños que, indudablemente, se ocasionarían en la embarcación durante la navegación.

Para que el viaje fuera «legalmente» rentable, la diferencia de precios entre la península y los territorios indianos debía ser en torno al doscientos por ciento. Algo que esperaba que se cumpliera sobradamente, toda vez que la situación de guerra provocaba carestía e incrementaría los precios de los pocos productos que consiguieran llevarse allá. El valor de la mercancía podía llegar a aumentar, de forma acumulativa, hasta el seiscientos o setecientos por ciento, en relación con su precio original. Ello daba mucha importancia a no perder la oportunidad de participar en esta empresa en este momento.

Pero lo que realmente multiplicaría los beneficios eran los caudales de los particulares, que se servirían de los contactos de don Fabián en Puerto Rico, La Española, Cuba y la Nueva España, para traer sus riquezas a la península eludiendo pagar el quinto real. Si el rey, en estos tiempos, se llevaba entre un diez y un quince por ciento, Fabián y sus socios ofrecían un cómodo cinco por ciento que, cuando se trataba de cantidades elevadas, representaba una pequeña fortuna para el transportista. Además, enviando la plata de forma fraudulenta, como era el caso, los propietarios evitaban el peligro de que la Corona decretara su confiscación, alegando las necesidades de sostenimiento de la Real Hacienda durante la guerra. En cuyo caso sus fortunas eran incautadas, sin fecha de devolución.

Los contactos de don Fabián ofrecían un sistema rápido y barato de traer los pesos y metales preciosos a los empresarios de minas y a los propietarios de haciendas que deseaban hacer llegar parte de sus riquezas a la península. Los que utilizaban el servicio sabían que sus agentes o familiares podrían disponer de sus riquezas desde que el barco llegase al otro lado del mar. Pues se daba el caso, frecuentemente, de que la Casa de Contratación se demoraba

a veces en la entrega de los caudales que los particulares enviaban legalmente, cuando no eran confiscados, retrasando la entrega de los dineros y generando desconfianza en el sistema.

Los riesgos que se corrían dependían de las tormentas, de la piratería y, ahora que estaban en guerra, también de los corsarios y de los navíos de la Armada Real Británica. Riesgos que se corrían de todas formas si los caudales venían en un navío controlado por la Casa de Contratación, pero con menores impuestos. El único riesgo añadido, que no se corría declarando los caudales en el viaje oficial, era que las autoridades españolas inspeccionasen el navío y descubriesen los pesos de plata ocultos. Algo que nunca había ocurrido si era Fabián García quien organizaba el viaje.

Los tres socios lo habían hecho otras veces a lo largo de los años, pero amparados en la flota de la Carrera de Indias. Don Fabián viajaba en uno de los barcos, capitaneándolo, como arrendatario de la Corona. Una vez en los puertos americanos, sus contactos recaudaban los caudales y el gaditano se ocupaba de untar convenientemente a los oficiales reales de los puertos y al que viajaba con él en su barco para que no causaran problemas.

En el viaje de vuelta siempre esperaba pacientemente a la flota de la Carrera, en las islas Azores, un barco propiedad de Fabián que navegaría a su estela en cuanto esta pasara por esas aguas. Después, antes de que la flota llegara a la altura del cabo San Vicente, aprovechando la oscuridad de la noche, en una posición predeterminada, el galeón de Fabián se separaba disimuladamente de la flota ralentizando su marcha y se las arreglaba para transferir su preciada carga a la balandra, propiedad del armador. Esta se marchaba con el tesoro y lo desembarcaba de contrabando en la costa de Huelva, lejos del control oficial.

A veces, bastaba con poner una lancha en el agua desde el galeón, al mando de uno de los hombres de confianza de don Fabián, con las cajas de caudales, mientras se continuaba con la derrota para que fuera esta la que se reuniera con la balandra. Después, el galeón de don Fabián arribaba a Cádiz y daba parte de la mercancía legal que transportaba, redondeando el negocio.

—Esta vez, el vino lo embarcaremos en las islas Canarias — puso Owen como condición, levantando su dedo índice autoritario en el aire.

—¿Sin el sello de la Casa de Contratación? Habrá que negociarlo en la Real Aduana del Puerto de la Cruz —objetó Fabián.

El gaditano conocía las razones del irlandés. El muy zorro tenía socios en Tenerife que no podían exportar su producción vinícola a Inglaterra, como hacían en periodos de paz, y necesitaban darle salida.

—No negociaremos nada con la Aduana. Lleva los toneles que quieras y llénalos con una parte de vino barato y cinco de agua para obtener el sello aquí. Cuando el barco llegue a Tenerife solo hay que tirar el brebaje al mar y sustituirlo por el buen vino del país. Uno o dos pesqueros saldrán del puerto de Los Cristianos con el vino y vendrán al encuentro de nuestro barco cuando haga la aguada en el sur de Tenerife o en La Gomera. Yo respondo de la calidad de los caldos, no se preocupen. Cuando lleguen al virreinato se venderá a buen precio —aseguró el irlandés.

Fabián sonrió para sus adentros. El puerto de Los Cristianos era un refugio de pescadores situado al otro lado de la isla, lejos de las autoridades aduaneras del Puerto de la Cruz. Un buen lugar para realizar este tipo de maniobras. Pero no estaba dispuesto a desperdiciar nada. Ni siquiera unos litros de vino peleón.

—Podemos llenarlos con vinagre de Jerez —propuso Fabián—. Siempre que se ocupe de que sus socios en Tenerife se hagan cargo de comprarlo y distribuirlo allí. Por cada tonel de vinagre que nos compren les llevamos a Indias uno de su vino del país.

—Este hombre es un genio para los negocios —dijo Doménico sonriendo mientras golpeaba la mesa con la palma de la mano—. Ciertamente, de esa manera aumentamos los beneficios.

—Se puede arreglar. Pero entonces habrá que prolongar la escala en las islas mientras mis socios se llevan los toneles con el vinagre, lo transvasan, lavan las pipas y los rellenan con el vino para volverlos a embarcar —dijo Owen circunspecto.

—Podría bastarnos con tres días —calculó Fabián.

—Bastarán —afirmó el irlandés—. Además, debo añadir una última condición. Cuando los pesqueros vuelvan con las pipas de vino, traerán también cierta cantidad de seda.

—¿A qué cantidad nos referimos? ¿No dijimos que en esta ocasión no llevaríamos telas? —intervino Doménico, al que los ojos le brillaban de satisfacción, pues veía el beneficio.

—No las llevaremos desde aquí, y no representará más que un quinto o un sexto de la carga total —explicó el irlandés.

Embarcando las telas de seda en Canarias de contrabando eludían el pago al Consulado y, al tratarse de un producto suntuario, generaría muchos más beneficios por tonelada que el vino o el aceite.

—Me parece bien —dijo el armador gaditano, mostrando su mejor sonrisa—. Toneles con vinagre a cambio de vino y telas de seda.

Ni Doménico ni Fabián preguntaron por la procedencia de las telas para no comprometer a su compañero, pues seguro que estaría también relacionado con el comercio entre ingleses y canarios.

—¡Bravo entonces! —exclamó el genovés—. Parece que estamos otra vez en marcha. Desde luego, podemos contar con la Mariella para esta ocasión. En estos momentos la están carenando de firme en las atarazanas del Guadalete, en El Puerto de Santa María. Repasándola, después del viaje desde Génova. Pero estará lista para cuando obtengamos el permiso, o el registro, o como se llame eso que Fabián va a gestionar.

Fabián asintió con la cabeza mientras miraba con atención a su hijo Juan José, que no había dicho esta boca es mía mientras los tres veteranos contrabandistas ponían las bases de su acuerdo. La Mariella era una corbeta mercante propiedad de Doménico. Con un arqueado de trescientas cincuenta toneladas y noventa y ocho pies de eslora por veintiséis de manga. Equipaba un aparejo con tres mástiles muy altos y velas cuadradas que le permitían alcanzar una respetable velocidad. Armada con dieciocho cañones

de seis libras, podía enfrentarse en igualdad de condiciones con la mayoría de los barcos corsarios que pululaban por el Mediterráneo occidental y por la ruta atlántica que llevaba a las Canarias, Cabo Verde y el golfo de Guinea. Pero lo que llamó la atención de Fabián fue un levemente perceptible enrojecimiento de la piel en el rostro de su hijo. Algo que solo notó el gaditano, que lo conocía íntimamente, como su padre que era. Mariella, además de ser una denominación adecuada para una corbeta rápida genovesa, era el nombre de la hija ilegítima que Doménico había tenido con Concepción, su amante gaditana, una bella joven que pasaría por poco de las quince primaveras y que sus hijos Fabián y Diego empleaban a menudo como niñera para el cuidado de los nietos de don Fabián.

—Doménico, ya sabe que, si nos autorizan el viaje, el Consulado querrá llevarse tajada del apresto de la corbeta. Querrán que nos surtamos de lona, jarcias y vituallas de sus almacenes del Trocadero —comentó Fabián, olvidándose momentáneamente del rubor de su hijo.

—Puede dejar eso de mi cuenta, Fabián —dijo Doménico guiñando el ojo otra vez.

Lo que más apreciaba el gaditano de sus socios era esto. Cada uno de ellos era eficaz ocupándose de sus asuntos. Si Doménico o Stephen decían que algo corría de su cuenta, no había nada más de lo que preocuparse. Al final de cada aventura comercial que emprendían juntos, los tres socios, una vez cubiertos los gastos, se repartían los beneficios a partes iguales. A pesar de que cada uno corría con riesgos diferentes en su participación.

—Bien, pues estamos de acuerdo entonces —dijo Owen—. Doménico se encargará de aprestar la corbeta para la travesía. Yo me ocuparé de la financiación para la compra de las mercancías legales y el pago previo del porcentaje de la Casa de Contratación, además de lo del vino y las telas de seda. Y Fabián obtendrá el registro para un navío suelto, reclutará a la tripulación y comandará la expedición —repasó.

Había llegado el momento para Fabián de explicar a sus socios que no sería él quien capitanease la embarcación y la llevase hasta el puerto americano de Veracruz. No sabía cómo empezar. La llegada del camarero con el pedido para la mesa le dio unos instantes para pensar.

—No seré yo quien esté al mando de la Mariella esta vez —dijo en cuanto se retiró el camarero.

Doménico le miró extrañado. Como si no hubiera oído bien sus palabras. Stephen, en cambio, tornó su inexpresivo rostro por otro más adusto, endureciendo la mirada de sus ojos grises. Su hijo, que ya sabía lo que iba a decir, dibujó una amplia sonrisa en su cara.

—No volveré a cruzar el océano —añadió Fabián—. Voy a cumplir medio siglo a mediados del próximo mes. He perdido vista y oído en estos últimos años, se me cae el cabello, mi estómago no es el que era y ya no tolera la mala alimentación ineludible en estos largos viajes. Por las noches, aún me despierto cada vez que rola el viento y, entonces, he de ir a usar el orinal. Un viaje redondo puede suponer entre un año y un año y medio, si todo sale razonablemente bien. Pero podría prolongarse hasta tres años si los negocios o el tiempo se complican, y he prometido a Elizabeth, mi mujer, que no volveré a embarcar para Indias —explicó mientras cogía la taza para tomar un sorbo del café con leche, concediéndose un respiro.

—Esto cambia las cosas. Sin los contactos de don Fabián no hay tesoro que transportar, y la empresa pierde atractivo —dijo Stephen con tiento. Sin alzar la voz, pues intuía que su socio iba a proponer una solución y había mucho en juego.

Los contactos de Fabián no habían surgido de la nada. Eran el resultado de numerosos viajes con la Carrera de Indias y muchos meses de estancia en las ciudades de las rutas que seguía la Armada de la Nueva España: Santo Domingo, San Juan de Puerto Rico, La Habana o Santiago y la propia Veracruz.

—Mi hijo Fabián será el capitán en esta ocasión —anunció el armador—. Me ha acompañado en dos de mis viajes. Conoce las rutas y a la mayoría de mis contactos en el Nuevo Mundo. Además,

es piloto autorizado por la Casa de Contratación, al igual que mi hijo Juan José, que será su primer oficial, aunque para él será el primer viaje redondo.

—¿Puede su hijo contactar con las personas que nos interesan? —preguntó Doménico.

—Puede. Es un marino bien dispuesto; con experiencia, pese a su juventud. Pueden vuestras mercedes confiar en él —dijo Fabián.

—A mí me vale. Los jóvenes son el futuro.—dijo Doménico.

El irlandés callaba. En su cabeza daban vueltas los cálculos de los riesgos y beneficios de la empresa y las dudas sobre la participación en ella. El hecho de mandar un navío suelto podía ser una ventaja. Al no navegar bajo la autoridad del capitán general de la flota, tendría más libertad para elegir los puertos que visitaría durante su derrota y el tiempo que habría de pasar en cada uno de ellos gestionando los negocios y los contactos.

Por otra parte, el viejo Fabián había sido la garantía de éxito de las expediciones hasta ahora. Siempre se las había arreglado para regresar con el botín, pese a que en más de una ocasión estuvo al borde de la muerte. ¿Serían sus hijos dignos de la leyenda de su padre? Desde luego eran muchachos bien instruidos que llevaban años navegando con él. Tanto era así que el mayor de ellos, Diego, estaba haciendo carrera en la Real Armada. Si fuese Diego el que mandara la expedición —pensó Stephen— habría menos dudas. Pero era impensable que un oficial del rey tuviera siquiera conocimiento de lo que se estaba planteando en aquella mesa de café.

—Si el señor Owen prefiere no participar en esta ocasión, yo me haré cargo de sufragar su parte —dijo don Fabián. Sin acritud.

—No será necesario —decidió míster Owen—. Lo haremos como en otras ocasiones. Si Fabián arriesga a sus hijos, que deben ser lo más valioso para él, es porque tienen fundamento y capacidad para tener éxito. Que Dios nos ayude.

Era mediodía cuando don Fabián y su hijo salieron de la confitería y se dirigieron a la casa familiar, en la calle de Las Flores del

barrio de la Viña. Había dejado de llover y desde el luminoso cielo gaditano el sol entibiaba ligeramente las calles, haciendo que fuera agradable caminar por el lado de la acera donde caían sus rayos.

—Crees que Doménico Luisi es un hombre amable y considerado. ¿Verdad? —preguntó Fabián a su hijo después de caminar unos minutos en silencio rumiando lo que iba a decir.

—Eso es lo que parece, padre. Un buen amigo de la familia desde hace muchos años, además de un socio fiable —replicó Juan José, inocente.

—Sin embargo, te matará si deshonoras a su hija, a Mariella —dijo Fabián deteniéndose en medio de la calle y mirando fijamente a su hijo a los ojos.

—No sé qué decirle, padre. Yo no... —comenzó a explicarse Juan José, avergonzado por lo que oía.

—¡No lo has entendido! —dijo el armador alzando la voz. Luego, se acercó a su hijo para hablarle en tono más confidencial—. Doménico y Stephen no son lo que podría llamarse amistades comunes. Son hombres peligrosos, especialmente el genovés. Un hombre que sacó a la familia Luisi de la ruina practicando el corso en el Mediterráneo. Has navegado mucho, ya deberías saber de lo que es capaz un capitán corsario.

Fabián calló unos instantes, antes de continuar con su advertencia, para que lo que había dicho calara en la mente de su hijo.

—A pesar de su edad y de su aspecto limpio y amable, Doménico ha tenido una vida dura, llena de peligros a los que ha sobrevivido. Ha decidido sacar a su familia de la Serenísima República porque ve venir su decadencia. Es un viejo astuto que no confía toda su suerte a una sola carta. En su juventud fue un pendenciero con una gran habilidad para el uso de las pistolas de duelo y la espada. Por eso sigue vivo, pese a su participación en incontables duelos provocados por la gran cantidad de amantes que ha tenido y de mujeres casadas que ha deshonrado.

—Mariella le odia —dijo Juan José con tristeza.

—Mariella es una princesa destronada. ¿Es que no lo ves? Su

padre se trae a Cádiz, quizás para siempre, a su legítima mujer y a sus legítimos hijos e hijas. Eso la dejará a ella y a su madre en evidencia.

—Él no se ocupa de ella ni de su madre. Ya sabe, padre, cuántas escaleras y patios de Cádiz ha tenido que limpiar esa mujer hasta que usted le consiguió el empleo en la Real Fábrica de Tabacos; y cuántos pequeños ha tenido que cuidar Mariella para ayudar a pagar el alquiler a su madre.

—Has de saber que, si me esforcé en conseguirle ese empleo a Concepción, fue porque Doménico me lo pidió. Y si recomendé a tus hermanos que tomaran a Mariella como niñera, fue por el mismo motivo.

—Ese hombre es rico, padre —replicó Juan José—. Hubiera bastado una asignación anual o mensual por su parte a esas mujeres para solucionar esta situación.

—No debes opinar nunca sobre la forma en que un hombre gasta su fortuna y sobre las personas a las que decide o no mantener —advirtió Fabián—. Sobre todo si es tu socio... Mariella es terreno vedado. ¿Entiendes?

—Sí, padre —dijo Juan José, rindiéndose.

Le iba a costar horrores renunciar al cariño de la muchacha. Quizás ya era demasiado tarde para evitar una tragedia...

—Además, si Doménico Luisi hubiera de mantener mediante asignación a todas las amantes e hijos ilegítimos que ha tenido, hace lustros que estaría arruinado —sentenció don Fabián.